

—¡Acerca una silla! (gritó el comandante, partiendo un trozo de jamón): ¿no ves que el señor cura no tiene dónde sentarse?

Gil acercó una silla, y el P. Antonio se sentó, anudando la conversación de esta manera:

—Decía V. que no era insensible á la muerte de la pobre Jacinta, ni podía mirar con indiferencia la suerte de su hijo, huérfano de madre y.... de padre.

—Eso es.

—Pero advierto que ni la pena ni la inquietud disminuyen en V. las ganas de comer, pues veo que almuerza con soberano apetito.

—Por supuesto, padre cura: el estómago no tiene la culpa de las debilidades del corazón ni de las cavilosas de la cabeza, y sería una injusticia castigarlo por penas que no siente ni por preocupaciones de que no participa.

—Siempre es un consuelo,—añadió el P. Antonio.

—Sin duda.

—Los paganos alquilaban gentes para que lloraran en los funerales de las personas queridas.

—Nosotros, P. Antonio, no hemos llegado todavía á ese lujo fúnebre; pero si no compramos las lágrimas, compramos los sufragios.

—¿Para V. son lo mismo las lágrimas mercenarias que las oraciones de la Iglesia?

—¡Phs!

—¡Oh!

—¿Qué?

—¿Se acuerda V. de la *tonta del Olivar*?

—Sí, me acuerdo perfectamente; la tenía entre ojos, y un día la cogí dormida en la puerta del parador; y, ¡cosas de muchachos!, fuí y le solté el perro grande, que le destrozó un brazo. Mi padre se

puso terrible; hizo matar al perro; me hizo estar de rodillas delante de la mujer mientras la curaban, y me encerró después en la bodega, condenándome á pan y agua durante dos meses.... pero....

—Pero, qué....

—Mi madre se interpuso, suplicó, y poco á poco fué ablandando la cólera de mi padre; yo no sé cómo se las compuso: el caso es que á los tres días me sacaron del encierro. ¡Ah, las madres valen mucho!

—Pues bien, señor comandante (exclamó el padre Antonio): la Iglesia es nuestra madre; sus oraciones y sus sufragios templan el rigor de la divina justicia; de aquella justicia eterna que más tarde ó más temprano nos ha de juzgar á todos.

Gil, atento á las palabras del P. Antonio, no advirtió que echaba vino demás en la copa que iba á servirle á su amo, y que comenzaba á derramarse sobre los manteles.

—¡Ah, bestia! (le gritó el comandante.) Los manteles no beben jerez.

Y, volviéndose al P. Antonio, le dijo:

—Bueno: diga V. mañana tres Misas por el alma de Jacinta; pero sepa V. que tengo razones particulares para consolarme de su muerte. En primer lugar, no había de ser eterna; en segundo lugar, yo le he proporcionado todo lo necesario para vivir, hasta el consuelo de un hijo que la asista en sus últimos momentos. En cuanto á Gabriel, no hay motivo para inquietarse por su suerte. Tiene veinte años, es un músico consumado, y, además, no ha de faltarle un buen patrimonio. Lo que á mí me inquieta es su aparición en este pueblo, y ya no hay tiempo para impedir que venga.

Cualquiera que fuese el motivo que el comandante tuviera para temer la llegada de su hijo, mo-

tivo que el P. Antonio no alcanzaba, comprendió que no se albergaba en el corazón de aquel hombre una gran ternura paternal; y, previendo que en el alma del hijo habría de ser funesta la influencia de semejante padre, se quedó perplejo, meditando qué sesgo se le podría dar á aquel asunto.

Después de algunos instantes de reflexión, cayó en la cuenta de que, ante todo, era preciso saber la causa que hacía temer al comandante la presencia de su hijo; y adoptando cierto aire diplomático, dijo:

—No sé qué inconveniente pueda V. tener en que Gabriel pase una temporada en el pueblo, porque supongo que no destrozará el corazón del padre la tristeza del hijo.

El comandante devoró un alón de perdiz, vació una copa de valdepeñas, y movió la cabeza, dejando entender que pesaba sobre su ánimo una razón poderosa que no tenía por conveniente revelar, pero que, por lo visto, era necesario enterar de ella al Padre Antonio.

—El pueblo (siguió diciendo el P. Antonio) no ha de hacer un arco de iglesia de que V. tenga un huésped en su casa.

—En estos malditos pueblos (replicó el comandante), en estas aldeas de cuatro casas, donde todo es insoportable, lo es más que todo la maledicencia. Aquí no hay más remedio que resignarse á vivir bajo el insufrible espionaje de los vecinos, y entregarse á ser objeto de las murmuraciones de las comadres y de las pesquisas de los desocupados. ¡Ya se ve!: el comandante sube, el comandante baja, el comandante entra, el comandante sale: si no se habla de estas cosas, ¡de qué diablos se ha de hablar en estos pueblos!....

—¿Y quién (preguntó el P. Antonio) le obliga

á V. á vivir aquí, pudiendo pasar alegremente la vida en las grandes ciudades?

—El demonio,—contestó el comandante.

—Es posible,—añadió el P. Antonio.

—De cualquier modo, resulta que la presencia de Gabriel en este pueblo dará lugar á toda clase de suposiciones, porque no se contentarán con saber que es mi ahijado. ¡Oh! ¡Estas gentes son detestables!

—¡Hola, hola, señor filósofo! V., tan resuelto por lo que hace á la cuenta que tiene que dar á Dios, se acobarda ante la idea de que el pueblo murmure y suponga que el muchacho es hijo de su padre. Vamos, no es tan fiero el león como lo pintan; porque, si no ante Dios, ante los hombres, al menos, se avergüenza V. de su falta.

—Le juro á V. (replicó el comandante con vehemencia) que las murmuraciones del pueblo es lo que menos me importa.

—Entonces....

—Entonces.... claro está, se apresurarán á llenar los oídos de mi hermana con los cuentos que se inventen.

—Es lo mismo: V. teme aparecer á los ojos de la viuda pintado por las malas lenguas de los murmuradores, lo cual quiere decir que si no se avergüenza V. de sus extravíos ni ante Dios ni ante los hombres, se avergüenza V. ante su hermana. Esto, señor mío, es la voz de la conciencia.

Aquí el comandante prorumpió en una estrepitosa carcajada, después de la cual dijo:

—Mi hermana se haría cruces al tener noticia del caso; siempre ha sido muy severa con esta clase de asuntos de que está lleno el mundo; pero no se trata de eso: se trata de que tiene una hija.

—Es igual, santo varón (se apresuró á decir el

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO ALFARO"  
Apto. 1625 MONTERREY

P. Antonio). Á V. no le llega la camisa al cuerpo pensando que puede llegar á oídos de su sobrina la noticia del caso, y he aquí al terrible filósofo, sordo á la voz de la justicia divina, indiferente á las murmuraciones del pueblo, insensible á la severidad de su hermana, que baja los ojos avergonzado ante la inocencia de una niña. No, no; no es posible huir de la conciencia.

—¡P. Antonio! (replicó el comandante con fingida calma.) Rosalía es una hermosa muchacha, que apenas habrá cumplido diez y siete años, y á esa edad encuentran las mujeres, allá en el fondo de su corazón, fácil disculpa á esta clase de faltas. No temo, pues, el enojo de mi sobrina; cuento de antemano con su indulgencia; más aún, con su interés, con el interés que á los diez y seis años nos inspiran los héroes de las aventuras amorosas. Mi temor es otro.

El buen sacerdote oía atónito estas palabras, mirando á su interlocutor con la boca abierta, no sabiendo qué especie de temor podía esconderse en aquel corazón, si puedo decirlo así, desalmado.

—Temo (continuó diciendo el comandante) que mi hermana pierda toda esperanza á la herencia de mis bienes; y como todavía no pienso en hacer testamento, no quiero ser objeto de su enojo, ni hacerla pasar por ese disgusto. ¿Cómo, pues, arregláramos la cosa de manera que mi hermana ignorara que Gabriel es mi hijo?

—De ningún modo (contestó el P. Antonio); porque la viuda sabe ya que tiene V. un hijo.

Apenas acabó de pronunciar estas palabras, los platos, las copas, las botellas y los cubiertos saltaron estrepitosamente sobre la mesa: tal fué la tre-

menda puñada que el comandante descargó sobre ella.

—¿Mi hermana sabe?...—preguntó con semblante airado.

—¡Sí! (contestó el P. Antonio.) Sabe lo que yo sabía.

—¿De manera que ha sido V. el portador de la noticia?

—Yo mismo.

Gil, testigo mudo de esta escena, se rascó la oreja izquierda.

—Y dígame V., señor cura (volvió á preguntar el comandante): ¿qué razón ha tenido V. para confiarle este secreto?

—Una muy poderosa.

—Veamos.

—Que era necesario decírselo.

Hubo un espacio de silencio, durante el que Gil miraba alternativamente al capellán y á su amo.

—¡Necesario! (exclamó el comandante.) ¿Y por qué?

—V. tiene un hijo.

—Es verdad.

—Teniendo V. un hijo, es natural y es justo que disponga las cosas de modo que Gabriel sea su heredero.

—Perfectamente.

—En este caso Rosalía queda naturalmente desheredada.

—¿Y bien?

—Era preciso pensar en su suerte.

—¡Cómo!

—Casándola.

—¿Con quién?

—Con un buen partido.

Gil, que observaba atentamente el fruncido entrecejo de su amo, se rascó la oreja derecha.

Con voz seca y profunda, cuyo timbre tenía algo de lúgubre, volvió á preguntar el comandante:

—¿Acaso hay en este pueblo algún badulaque que aspire á su mano?

—Sí (contestó el P. Antonio): un badulaque que posee muy buenas rentas.

—¿Está V. seguro?

—¡Bah! Como que yo mismo he sido el encargado de tantear el terreno.

—¿Y qué?

—Asunto perdido.

—¿Cómo ha sucedido eso?

—La viuda no quiere casar á su hija. Es un capricho inexplicable.

—¿Y en qué se funda?

—Se funda en que Rosalía no prefiere á nadie.

—¡Es natural! (dijo el comandante con voz más serena.) Aquí no puede encontrar nada que le agrade, y mi hermana hace muy bien en no violentar su gusto.

—Hace muy bien (replicó el P. Antonio): y, sin embargo....

—¿Qué?

—Alguna vez será preciso pensar en casarla.

—Alguna vez.... sí.

—Para convencerla yo, apelé al último recurso.

—¿Qué recurso era ese?

—Hacerle entender que Rosalía estaba muy lejos de ser la heredera de su tío, porque V. tenía un hijo.

—Siga V.

—Es lo más original del mundo: creí darle una mala noticia, y la buena señora estuvo á punto de llorar de alegría.

—En efecto (murmuró el comandante, como hablando consigo mismo): es original esto....

Gil respiró con cierta fuerza expansiva; le pareció que empezaba á desvanecerse la tempestad de cólera que había visto oscurecer el semblante de su amo, y muy lentamente fué retirando uno á uno los diferentes objetos que cubrían la mesa, colocándolos en uno de los aparadores.

—Un medio me ocurre (dijo el P. Antonio) para impedir la presencia de Gabriel en el pueblo.

—¿Cuál?—preguntó el comandante.

—Salirle al encuentro, y recoger el depósito que su madre le ha confiado.

Experimentaba el P. Antonio gran temor de que el corazón de aquel joven de veinte años, en el que su madre había sembrado las semillas de la piedad, se extraviara bajo la influencia de su padre, por poco que fuera el tiempo que vivieran juntos. Ante esta consideración, creía conveniente separarlos, y con este fin proponía el medio de que el comandante fuera á buscarlo antes de que llegara.

—Eso (replicó el hermano de la viuda) tiene un grave inconveniente: ignoramos el camino que trae, y lo mismo puede venir por Levante que por Poniente. Además, ya no me estorba; podrá pasar en mi compañía todo el tiempo que quiera.

El P. Antonio movió la cabeza con ademán poco satisfecho; pero guardó silencio. Verdaderamente era imposible evitar el peligro que temía, y se resignó, poniendo la gravedad del caso en manos de la Providencia. Por otra parte, se propuso contrarrestar con todas sus fuerzas cerca de Gabriel la mala influencia de su padre.

Gil puso en manos de su amo la pipa cargada hasta la boca y encendida como un horno, y éste, recl-

nándose con voluptuosa indolencia sobre el amplio respaldo del sillón, exhaló una gran bocanada de humo, y dijo:

—Ahora, P. Antonio, debe V. advertir á mi hermana la próxima llegada del huésped que espero. No sé en qué coche vendrá; de manera que es ocioso ir á esperarlo; pero bien sabe dónde vivo, y en esta miserable aldea no le será difícil dar con la casa.

El P. Antonio se puso de pie, comprendiendo que había terminado la conferencia; y pidiéndole á Dios en el fondo de su corazón que iluminara el sombrío entendimiento de aquel hombre, salió de la estancia, y bajó la escalera exclamando á media voz:

—¡Bah!... ¡Bah!.... La carta de este muchacho me ha llegado al alma.

Detrás del P. Antonio quiso salir Gil, pero su amo lo detuvo, gritándole:

—Tunante.... acércate.

Gil se acercó al comandante con aire receloso, y su amo, alzando el brazo derecho, lo asió por la oreja izquierda.

El soldado apretó los dientes, y el comandante le dijo:

—Me has servido hoy el almuerzo con particular esmero; no te has apartado ni un instante de la mesa, para no perder punto ni coma de lo que hemos hablado.

—¡Señor!....

—¡Silencio! Te prohibo terminantemente que *hagas* oído ni una sola palabra.... Vete.

Salió Gil con aire marcial, y los ojos indolentes del comandante se fijaron en la carta de Gabriel, que había quedado sobre la mesa.

—¡Qué carta! (exclamó con desdén.) ¡Bah!.... ¡Es

un pazguato!.... Como si lo viera.... este muchacho acabará al fin por cantar Misa.... ¡Oh! no se lo quitaré yo de la cabeza.

Después de estas palabras, aspiró el humo de su pipa con la satisfacción del hombre que cuenta con su astucia y con la fortuna en el empeño de alguna atrevida empresa.